

LA DEFENSA

Semanario político y de intereses generales

Precio de suscripción: 1'50 pesetas trimestre.

Dirección y Redacción: cuesta de Lucías, núm. 6

LA DEFENSA

Domingo 23 de Febrero de 1902.

Historia contemporánea local

I

Era el día 26 de Enero del año 1900 cuando con la rapidéz de la electricidad circuló en esta villa la noticia inesperada de que en una quinta próxima había fallecido nuestro querido é inolvidable jefe don Agustín de la Serna y Ruiz.

Muchos, muchos de sus amigos nos trasladamos al indicado sitio para acompañar al cadáver, que había de ser trasladado á esta población para darle cristiana sepultura.

Pues bien: en aquellos momentos de confusión; en aquel sitio, que, si horas antes había constituido el único recreo de una naturaleza gastada, destruida por los disgustos, sinsabores y otras preocupaciones que la política le proporcionó, todo era entonces silencio, melancolía y tristeza; en aquellos instantes en que solo debió haber lugar para sentir y llorar, y para atender á otros deberes que en la tribulación creada requerían atención y cumplimiento, entonces, sin aguardar un día, una hora más, rompiendo aquel silencio, profanando aquel lugar, deshonorando aquel cadáver, se lanzó el primer grito de «guerra», se escuchó la primera manifestación de una envidia indignamente reprimida, se oyó la voz de un incipiente orador, de un nuevo Mesías, de un futuro apóstol de la moralidad, del bien y del orden, que en medio de una era de miés-trillar (sitio adecuado á tal oratoria), levantando las manos al cielo, decía: «ya concluyó la inmoralidad, ya está abierta una nueva era en la política de este pueblo».

Hé aquí el principio del fin; hé

aquí el *tu est Petrus* de aquella iglesia, fundada para dar culto á la intriga y á la calumnia; hé aquí los primeros arbores de una religión sin Dios, ni Rey, ni Roque, ni más lema que el de «abajo todo lo constituido por el que acababa de abandonar el mundo de los vivos». Y de esta religión eran apóstoles y fueron sus más ardientes panegiristas, aquellos pescadores que en vida del que ofició de Cristo (pero qué Cristo) no tuvieron el más tenue aliento de formular una protexta, ni aún de hacer la más ligera indicación contra aquello que tan súbita, inoportuna y despiadadamente comenzaron á destruir y perseguir, considerándolo nocivo, perjudicial y fuera de toda razón y de justicia.

¿Qué inconsecuencia ó qué humillación más deshonrosa suponen tales hechos!

¿Era mala la organización dada á la política local y peores los procedimientos impresos por el llorado amigo, por cuanto en el momento de expirar se censuran y se trata de destruir? Pues entonces, ¿por qué se hicieron esos detractores de ahora responsables de los mismos, dejando de levantar muy alta una voz de protexta que destruyera en vez de crear esa solidaridad que á todos alcanzaba? ¿Cómo permanecer en silencio é inmóviles, en vez de huir despavoridos de donde así se organizaba y se procedía? ¿Cómo subsistir mudos viendo escarnecida la moralidad, burlado el derecho, pisoteada la razón y trasgredidos hasta los más elementales principios de lo equitativo y de lo justo, que todo esto se suponía?

¡Ah! Ó todas las nuevas predicaciones abedecían á estímulos de satánica soberbia, de refinado egoísmo, á un propósito injustificado de quitate me pongo yo, aunque á mí nadie me llame, para cuya realización era menester agotar cuantas imputaciones injuriosas y ca-

lumniosas hubiera que vertir contra los que se trataba de derrotar, desoyendo los gritos de la conciencia y de la justicia, en cuyo caso podemos considerar ante qué clase de predicadores nos hallábamos; ó todo es cierto y cierto que esos salvadores consintieron en tan deleznable obra, y contribuyeron á ella con su grano de arena, en vista de lo cual están desautorizados para juzgar en los demás lo que por modo tan preeminente existe en ellos: haciéndolo patente su mayor responsabilidad al aplaudir por adulación, por falta de independencia de criterio ó por temores que los hombres honrados no deben tener, lo que consid raban vicioso, inmoral y sin sentido.

Esa fué la primera nota discordante que surgió en el seno del partido liberal de esta villa, el primer disparo que sonó para anunciar la lucha fratricida que ya había nacido en la mente de algún guerrero ávido de aventuras. Por que, es claro: los que contra viento y marea tomaron á su cargo el defender la memoria del hombre á quien tan inauditamente se deshonraba; los que por iguales manifestaciones se creían también agraviados y ofendidos, hubieron de sentirse molestos y recelosos, ya que la prudencia aconsejaba no tomar otras actitudes más en correspondencia con las del que se definió enemigo implacable desde sus primeros pasos, naciendo de aquí cierto mal estar y tirantéz, ciertas prevenciones entre individuos pertenecientes á una misma comunión de ideas y de aspiraciones; también marcadas aquellas en el mismo momento de tener lugar el entierro del predicho difunto, en el que contrariando la voluntad de la más cercana familia, se pretendió por algunos de esos elementos perturbadores, sin que nadie los llamara á disponer, anular honrosas y merecidas representaciones, solo con el fin de herir, de molestar y